

ISSN 0120-5587
E-ISSN 2422-3174
ENERO-JUNIO



REVISTA
**Lingüística
Literaria**^y

Pathos (Παθος) y razón poética en María Zambrano. Bajo la sombra de Antígona

ΠΑΘΟΣ. PATHOS AND POETIC
REASON IN MARÍA ZAMBRANO.

UNDER SHADOW OF ANTIGONE

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n89a09>

Recibido: 07/07/2025

Aprobado: 03/09/2025

Publicado: 01/01/2026

Emilio Ginés Morales Cañavate

UNED-HERCRITIA-SEFE

Emiliogines2@gmail.com

ORCID. 0009-0006-3497-8076

Resumen: María Zambrano tiene como objetivo hacer girar la razón, hasta ahora centro del pensar, alrededor del centro del corazón. Su metodología es unir *νοέω* y *πάσχω* (pensar y padecer), términos griegos que encuentran su unión en experimentar, y que en María Zambrano tienen el mismo sentido, pues no es posible pensar sin experimentar la realidad, ni es posible tener un pensamiento auténtico que no sea sentido. Esta síntesis obliga a hombres y mujeres que filosofan a no permanecer en un hermetismo dogmático y abrirse a la poética, es decir, a escuchar a la tragicidad, como hizo Antígona, para dar tiempo a la razón a poner límites a la experiencia. Comprender las raíces del sentir y comprender su potencialidad hacia el saber, desde la perspectiva de María Zambrano, es la razón de este trabajo.

Palabras clave: Pathos, tragicidad, sentir, corazón, razón, Antígona,

Abstract: María Zambrano's aim is to make reason, until now the center of thinking, revolve around the center of the heart. Her methodology is to unite *νοέω* and *πάσχω* (thinking and suffering), Greek terms that find their union in experiencing, and that in María Zambrano have the same meaning since it is not possible to think without experiencing reality nor is it possible to have an authentic thought that is not felt. This synthesis obliges the philosopher not to remain in dogmatic hermeticism and to open up to poetics, that is, to listen to tragicity, as Antigone did, in order to give time to reason to set limits to experience. To understand the roots of feeling and to understand its potentiality towards knowledge from the perspective of María Zambrano is the reason for this work.

Key words: Pathos, tragicity, feeling, heart, reason, Antigone.

«Y la soledad pura de la pura conciencia se realizaba en la disolución de un mundo sin nada humano.» (Moreno Sanz, 2019, p.63).

1. Introducción

El enigma que plantea la esfinge en esta investigación sobre la filosofía de María Zambrano podría ser definido de la siguiente manera: ¿Qué ser está condenado a aprender padeciendo? antes de intentar dar una respuesta es preciso dirimir algunos términos: El ser para Zambrano no se puede definir ni se persigue para su desvelamiento, sino que se da, se descubre a través del largo camino de nuestra vida, y es el padecer el que nos permite descubrirlo en su poética diversidad. Pero no solo se desvela el ser a través de la historia individual, sino que la historia de la humanidad también es atravesada por él y es en el padecer experiencial de una constelación de seres donde esta se registra.

Este aprender padeciendo ha ido evolucionando a través de distintas épocas, mientras que para los griegos, todo lo que uno experimentaba, *Πάθος* (sufrimiento, experiencia),¹ estaba ligado al destino y era el héroe el que se enfrentaba a este con toda la nobleza de su corazón, aun a riesgo de perder la vida. Su virtud y la sensatez eran la clave con la que aprender cómo había de proceder ante las situaciones desafortunadas. Para el imperio romano, esta experiencia que impulsa al héroe se fue transformando, en filósofos como Marco Aurelio o Séneca, en la capacidad para soportar estoicamente un dolor que se daba como inevitable y ante el que era mejor doblegarse. El cristianismo, por su parte, acepta en filósofos, como Agustín de Hipona, este padecimiento como una preparación para una vida mejor que fortalece interiormente y permite acceder a una ciudad donde el sufrir desaparece en manos de Dios. La pasividad, el martirio y el sacrificio siguen siendo señas de identidad de este último. Ya en el romanticismo, el *pathos* transforma el padecimiento en pasión, el hombre lucha activa, pero a menudo infructuosamente, contra sus afectos, sus emociones y los instintos en los que se halla inmerso los cuales superan la razón. Con María Zambrano

¹ *Πάθος* (*pathos*), es el sustantivo que en la tragedia griega refleja el momento patético en que el héroe expresa su sufrimiento causado a menudo por la fuerza del destino. Para Aristóteles refleja el instante en que el espectador se conmueve íntimamente dando lugar a la catarsis, momento en que siente a la vez miedo y misericordia por los personajes de la trama. Esta conmoción sirve de reflexión y aprendizaje para la audiencia que participa de la ceremonia religiosa que era para los griegos la representación de una tragedia. (cfr. Aristóteles, (2018) 6. 23-30. p. 145)

el *pathos* será algo sagrado que trasciende nuestra vida, que es inaprehensible e inexpresable, irá unido a la tragedia y con ello a la poética, será a través de esta como la razón se modela siempre con la mediación del amor que es la verdadera acción. De la pasividad del padecer surge el impulso de hacer y transformar el mundo. Así pues, la vida no es nuestra posesión pues se vive más allá de la voluntad, vivir es padecer lo que el destino nos depara. Sostener este *pathos*, es empeñarse en la vida llevados por la necesidad de trascender, algo que todo ser humano posee dentro de sí y que, necesariamente, ha de valerse del amor que surge en la relación con el otro. La fraternidad amorosa, por su capacidad de enlazar lo divergente, consigue ordenar la razón al sentir. Trascender es, por lo tanto, ir de lo originario, que es el nacer, al horizonte que se abre ante nosotros para ir perfeccionándonos en interacción con el otro.

Pero ¿trascender con qué finalidad? La respuesta es continuar este *Elán vital*² inscrito en la naturaleza de todo ser humano y que se enfrenta a «lo otro», alteridad que se esconde tras la muerte, el destino, las pasiones que desgarran el corazón de todo hombre y mujer, las apariencias, la naturaleza y la diferencia que nos rodea, y que siempre se intuyen más allá, a pesar de encontrarse atravesando al «sí mismo» que nos define (Zambrano, 2022a, p. 732). Coexistir con la alteridad supone para cada hombre y mujer un gran esfuerzo, pues, se ha de superar la diferencia que a menudo nos sume en la tragicidad que toda convivencia supone. La filosofía y la razón trágica de María Zambrano es una llamada a encontrar, a pesar de las desigualdades, un hermano en el semejante.

Una filosofía lo es en grado de mayor o menor pureza según cumpla este heroico esfuerzo creador de sí misma; el pensamiento que se hace buscándose, no asimismo-como «los intelectuales» han creído-sino en la realidad antagonista. Y, al buscar lo otro se engendra a sí mismo. (Zambrano, 2022a, p.732)

El pensamiento solipsista del que nos habla María Zambrano hace referencia al «yo pienso» cartesiano,³ el cual más que como reflexión de un sujeto que se comprende como ser vivo en relación con el mundo, es visto como un yo desnudo que vive en soledad con sus

² María Zambrano fue una gran lectora de la filosofía de Bergson desde 1923, el autor francés en su obra *La evolution creatrice* tematiza el Elán vital como un impulso interno en continuidad que aúna los períodos de tiempo vividos en un movimiento indiviso. La actividad de la vida misma que se nos presenta de un modo ordenado. (Cfr. Bergson, 2001, pp. 569-578). Para la pensadora este impulso fue un sentimiento profundo del autor, una intuición más que un concepto, ya que no puede ser representado. Para nosotros es el amor mismo en su fuerza interna y cohesionadora.

³ «Yo soy algo que piensa. Concibo muy bien que mi esencia consiste solo en ser algo que piensa, O en ser una sustancia cuya esencia o naturaleza toda es solo pensar» (Descartes, 1988, p. 171).

pensamientos. La pensadora malagueña comparte con filósofos de su generación como Ortega y Gasset o Husserl una crítica al racionalismo que invade el pensamiento europeo, un saber ortodoxo que se nutre de ideas y, alejado de la vida, olvida a los hombres y mujeres concretos que la sufren. Por el contrario, la autora gesta un pensamiento poético en el que razón y poesía nos den un conocimiento activo que alimente la vida y donde tenga cabida no solo la idea que informa o explica, sino que se comprometa con la herida que brota del vivir en cada persona para abrir, así, camino al pensamiento.

El objetivo de este texto es defender esa potencialidad de la poesía trágica, como hizo María Zambrano. Primero, porque mientras la filosofía busca la objetividad racionalizadora, la poesía la dulcifica dirigiéndose a las entrañas para extraer de ellas esa vitalidad necesaria que dan las pasiones y los afectos y que el amor armoniza con su orden. Segundo, porque mientras que la filosofía se ancla en la racionalidad y se vuelve compacta, la poesía emprende el vuelo hacia nuevos horizontes virtuales. Tercero, porque la tragedia poética no trata tanto de salvar las apariencias como de sumergirse en ellas para extraer la riqueza inagotable que su fluir transmite. Finalmente, la filosofía se abstrae del padecer, mientras la poesía aprende padeciendo el valor de lo otro siempre por alcanzar.

En este trabajo la metodología es justamente explorar este sufrir que la obra trágica, *La tumba de Antígona*⁴ en la voz de Zambrano nos nombra para analizar qué significados, palabras, metáforas e intencionalidades pudieron quedar perdidas e intentar recuperarlas. En efecto, la razón poética de la autora, lejos de encerrar la realidad en conceptos, la abre a un horizonte de fronteras por explorar (Soto-Pachón, 2024, p. 68).

En este estudio, primero se seguirá el origen del *pathos* adentrándose en la filosofía griega, tanto presocrática como platónica y aristotélica. La sabiduría griega vinculó pensamiento y poética desde sus albores al seguir la máxima de Hesíodo «aprender padeciendo». El *pathos* griego puede ser entendido como sufrir, pero también como experimentar, lo que obliga a poner en obra nuestro pensamiento y articular la potencialidad que este tiene para, unido a la poesía, hacer frente a la vida.

⁴ La Antígona de Sófocles nos habla de la lucha de la heroína por enfrentarse a los edictos del tirano Creonte y enterrar a su hermano proscrito con los mismos honores que al hermano aliado. Mientras que Antígona muere en la obra del autor griego, María Zambrano, en su obra *La tumba de Antígona* (Zambrano, 2022b, pp. 1101-1168), le da el tiempo suficiente para enfrentarse a los personajes de su vida, padre, madre, hermanos, esposo, Creonte... y anteponer el Amor comunitario al amor personal e interesado.

En un segundo capítulo nos centraremos en el aspecto trágico de la lucha que el sujeto establece con lo otro, otredad que se manifiesta en la oposición entre lo divino y lo humano que solo puede solucionarse si se invoca al amor como intermediario. La fuerza cohesionadora del amor es semejante a la poesía al tener ambas como fin el de enlazar lo aparentemente diverso en una nueva ley que integre las diferencias.

En un tercer capítulo, traeremos a Antígona como paradigma de esta nueva ley que, ante el interés privado fundamentado en la tradición y el pasado, recorre el pensar interesado de las sombras paternas, maternas, fraternales y políticas hasta alcanzar mediante la razón poética la piedad capaz de acoger a todos mediante el amor universal.

En un cuarto capítulo invocaremos en este conocimiento unido al saber que da la poesía, la palabra perdida. Encontrar las razones del corazón que se unen en un mismo latido a través de un diapasón que recorre la fuerza de la intuición hasta encontrar una palabra que dé al pensamiento un carácter inclusivo. Se habla de un conocimiento repartido por las entrañas de las personas e inmerso en un saber ordenado mediante el amor que es capaz de enlazar sentimiento y reflexión.

Esta integridad se verá reflejada en el corazón del ser humano que, poéticamente repartido por las raíces de la vida comunitaria, se ordena gracias a la fuerza que da el saber filosófico unido a la palabra poética e inspiradora. Amor y razón es la propuesta de la autora para suturar mediante la razón poética la escisión actual que convierte la mentira en verdad y, con ello, deja al ser incompleto.

2. *Pathos*

Si se atiende a Aristóteles y a su diferenciación de *νοῦς παθητικός* (inteligencia receptiva) y *νοῦς ποιητικός* (inteligencia poética),⁵ vemos que se funden en el pensamiento el sentirse afectado, *πάσχω* (*páskhō*)⁶, y el obrar creativamente *ποίησις* (acción, creación).⁷ Esta potencialidad

⁵ «Pensamiento receptivo-pensamiento constructivo» Para Ingemar Düring estos conceptos modernos expresan solo de manera aproximada lo que Aristóteles quiso decir con su desdoblamiento de la actividad intelectual, pero sin embargo para Düring serían las traducciones más acertadas, antes que pasivo o activo que son las traducciones comúnmente aceptadas. (Cfr. Düring, 2005, p. 901). Para nosotros sería más conveniente aceptar el sentido originario de *ποίησις*: «inteligencia poética y creadora».

⁶ La traducción de este verbo del que se deriva el sustantivo *πάθος*, *pathos*, es múltiple y va, según el contexto, desde sufrir, experimentar o ser afectado. (cfr. Pabón, 2018)

⁷ Este sustantivo derivado del verbo *ποιεω* (hacer, crear), igualmente es múltiple, aunque el significado que más nos interesa es el de «componer» que le dará al término poesía, del que deriva, un valor no

intermediaria entre la invisibilidad de sufrir y la visibilidad del obrar creativamente precisa de una expresión conceptual en la que alcance forma y figura para no ser considerada caótica, *χάος* (chaos)⁸.

Lo primero, antes de que el pensar alcanzara una forma, fue efectivamente el caos indeterminado, el cual fue concebido por el filósofo Anaximandro como un *ἄπειρον* (apeiron),⁹ un todo ilimitado y desconocido, donde «todo está dentro de todo». El filósofo Anaxágoras entonces precisó de un principio ordenador exterior, *νοῦς*¹⁰ (inteligencia), «siendo el pensar, *νοῦς*, el organizador de todo» (Oñate, 2003, pp. 225-226). Una fuerza cosmológica que se presenta salvadora de un destino aciago por su profundidad insondable.

Parménides, filósofo-poeta, avanza en encontrar un orden para este caos indeterminado con la fuerza del pensar y en su poema afirmará que los mortales están condenados a la involución al tener cerrados sus sentidos que se muestran incapaces de aunar ser y pensar en una misma dimensión. Se trata de un conocimiento que no se cierre a la diferencia, sino que la incluya. En cada pensamiento se vislumbra el umbral que nos permite atisbar lo oculto que todavía está por esclarecer¹¹.

Recogiendo todos los aportes anteriores, María Zambrano constatará en su obra que el hombre actual es «un ser a medias nacido» que todavía no ha salido del caos inicial al no haber desarrollado un pensamiento orientado a la comprensividad que la poética nos ofrece sobre el ser en su diversidad, «al ser que hace ser» (Zambrano, 2022c, p. 144). La humanidad vive, sin poder salir del caos y sin descubrir la raíz que a todos los seres del género humano nos une, su *γένος* (descendencia)¹². Está ciego y sordo ante la realidad en su cualidad poética donde tal y

meramente pasivo sino generador de actividad. Igualmente significa representar, considerar o juzgar, uniendo así, tal y como Zambrano desarrolla, pensar y creación en el ámbito poético.

⁸ El significado original del término *χάος* (caos), significa abertura, gran espacio vacío, sobre todo oscuro, y tenebroso. Este concepto influyó en los filósofos y quizás inspiró el *ἄπειρον* (apeiron) de Anaximandro. (Cfr. *Hesiodo*, 2023, p. 78).

⁹ Anaximandro de Mileto, frente a su maestro Tales que esgrimió que el primer principio de todo era el agua, afirmó que lo primero era el *apeiron* (apeiron), sustantivo que tanto significa ilimitado e infinito como inexperto o inexperimentado. A partir de él todo nace y todo muere (cfr. Oñate, 2003, p. 169).

¹⁰ Volvemos a encontrarnos este sustantivo derivado del verbo *νοέω* (pensar), que lamentablemente ha ido perdiendo su riqueza griega pero que en su sentido clásico no solo significa comprender, saber, sino también percibir, con lo que el sustantivo tiene una combinación de lo mental y el sentir en su significado original.

¹¹ «Es necesario decir y pensar que ser es: en efecto, ser es posible, mientras que nada no es posible [...] dobles cabezas [...] van arrastrados, sordos y ciegos, pasmados, turba sin discernimiento, entre los cuales ser y no ser es tomado por lo mismo y no lo mismo; de todos es propio un camino regresivo» (Oñate, 2003, p.187)

¹² Este término, cuyo significado en griego clásico es familia o estirpe, procede del verbo *γίγνομαι* (nacer, llegar a ser) lo cual nos lleva a la importancia del ser humano como un proceso en devenir en el que para Zambrano todos y todas nos encontramos,

como defendió Heráclito cada uno de nosotros y nosotras nos encontramos unidos en un todo que nos iguala.¹³

Aquello que nos une se encuentra precisamente en nuestra naturaleza humana, en sus raíces, por ello para la filósofa hemos de encontrar un pensamiento que se exprese a través de un lenguaje que a todos incluya, un verbo creador de lo entrañable que habita en el ser humano. «Las entrañas fueron desde el principio sometidas, acalladas en el curso del filosofar. Solo Empédocles las nombra como receptoras del *logos* (palabra, reunión) repartiéndolo bien por las entrañas» (Zambrano, 2022c, p. 352). Sin este lenguaje que se mantiene unido al corazón, la naturaleza aguijonearía al ser humano con la presencia irrecusable de la soledad ante la vida y la muerte.

El saber del hombre, al desarraigarse de sus entrañas renuncia a su sentir, al valor de los sentidos, por lo que, inconscientemente, se verá sometido al exceso desproporcionado de lo sensible y, siendo incapaz de poner un límite y medida, su propia alma quedará destruida tal y como previno Aristóteles (1994, p.220). Por ello, para el filósofo estagirita pensar «el bien», siendo idea pura y simple, requiere partir de lo sensible que constituye la vida y que incluye tanto el padecer que limita como el hacer que nos impulsa a obrar, ambos guiados por un pensar que pone orden entre ambos. Percibir y actuar se complementan con la razón, pues, ambos actúan para un mismo fin que es completar la potencialidad sintiente y sentida que toda experiencia tiene y llevarla a su plenitud¹⁴.

Para el discípulo de Platón el ser, y no el hombre como defendieron los sofistas, es la medida de todas las cosas, pero Aristóteles, al incorporar la materia y la corporalidad, nutre al ser de un fluir cuya riqueza más preciada y primera es el alma,¹⁵ su fuerza mediadora enriquece el aprendizaje del hombre en su relación con el mundo en sus múltiples modalidades biológicas, sensibles e intelectuales.

Aprender es acomodar el mundo sensible y el racional en una misma naturaleza que se exprese mediante un *logos* comunitario que

¹³ «No escuchándome a mí, sino al *logos*, es sabio reconocer que uno es todo.» (Oñate. 2003, p.195)

¹⁴ María Zambrano dedica en su obra *El hombre y lo divino* un capítulo a Aristóteles denominado «La condenación aristotélica de los pitagóricos» en donde resalta la importancia para ella de tópicos aristotélicos como el conocimiento y la vida, el alma, así como las diferentes modos y maneras de expresarse el ser. (Cfr- Zambrano, M. 2022. pp.144-176.

¹⁵ Para Aristóteles el alma es la primera *ousia* o esencia activa, *οὐσία* (esencia, vida). (Oñate T. 2001, p.153). Más allá de su significado como esencia, este término también significa fortuna, riqueza, vida. (Pabón, 2018)

tienda a integrar y no excluir. Se aprende usando un lenguaje de inspiración poética cuyo fin último es promover nuevos cambios y gestar ideas innovadoras y plurales unidas en un mismo foco de unidad referencial, *eídos* (idea) (Oñate, 2001, pp. 464-465).

Podríamos decir que toda actividad poética es animada en su vitalidad por una potencia razonadora, de naturaleza sensible y relacional, abierta a engendrar nuevas formas e ideas, es, por lo tanto, también conocimiento ligado al vivir¹⁶. Vida, conocimiento y poesía son retomados por María Zambrano como forma de un aprendizaje cuyo fin es superar la polaridad sujeto y objeto, incluyendo la experiencia y la tragicidad que conlleva la ley de «Aprender sufriendo». Esta frase es esencial en la tragedia pues todo héroe habrá de adquirir la sabiduría vital a través de dolorosas experiencias. Así lo reseñará Hesíodo en su obra *Los trabajos y los días* (Hesíodo, 2023, 215–220, p. 235) o Esquilo en su obra *Agamenón* en su estrofa tercera (Esquilo, 2021, 177, p. 8). Este aprendizaje trágico encontrará consuelo en Grecia por la ceremonia religiosa y poética que supone la representación de las obras trágicas ante una comunidad que se siente reflejada en ellas.

Por lo tanto, no hablamos de un aprendizaje solo desalmado, sino ligado a un alma cuya funcionalidad es dar unidad a los hombres y a sus obras en una acción comunitaria. La sabiduría no se encuentra desligada del experimentar padeciendo, pues ambos son naturales al hombre como ser vivo y en el cruce de ambos se entretajan los distintos modos de conocimiento con que los hombres se enriquecen entre sí, como la filosofía, la literatura y el arte en general (cfr. López Saénz, 2024, pp. 72–85). En la poética trágica encontramos transcritos distintos modos de potencialidad y sus consecuencias, lo que lleva a hacer confluír, sentir y pensar en un mismo cauce (cfr. Morales, 2024, pp. 101–119).

3. *Pathos* y tragicidad

Ya Homero, el primero y mejor de los trágicos para Aristóteles, describe los lamentos y peticiones de piedad de los suplicantes, personas dignas de respeto que bajo el amparo del dios Zeus habían de ser atendidos con cariño en sus padecimientos. La lucha de cada persona contra «lo otro» que les acosa es la trama en que se desarrollan las

¹⁶ Cfr. «ἡ γὰρ νοῦ ἐνέργεια ζωὴ el acto del entendimiento es vida» (Aristóteles, 1990, VII. 1072β.)

tragedias, el viaje vital que cada hombre y mujer ha de superar desde que nace a la vida.

Situándose en la filosofía griega se hace ostensible que vivir es lo mismo que vivir en el infierno, que la vida de por sí es infernal. Y la poesía trágica no hace sino comprobarlo, mostrar «lo otro» que la filosofía no mostró; «la otra mirada» la que al posarse en la vida es arrastrada hacia abajo, hacia lo inescrutable, donde ninguna definición es válida, y ninguna explicación posible. (Zambrano, 2022c, p. 209)

Esto otro a lo que se refiere Zambrano es, podría decirse, el centro sobre el que actúa el pensamiento de una persona en la medida que no se limita a girar sobre sí mismo, sino que entra en relación con los otros los cuales le muestran y le recuerdan las diferencias y semejanzas que toda convivencia con los demás lleva implícita. Surge entonces la necesidad de encontrar puntos de común para aminorar la tragicidad que conlleva la vida y que estando aislados de nuestros semejantes sería imposible de soportar.

La ley de Antígona, por ejemplo, no estará sujeta a una circunstancia ni a un tiempo, su delirio de amor en hermandad no tiene historia o más bien contiene toda la historia en otra temporalidad que es eterna, allí donde los seres humanos se encuentran aunados precisamente en su entrañable humanidad. El proceso de reflexión al que convoca la tragedia de Antígona ayuda a distinguir la diferencia entre la ley de los hombres, la de los dioses y la ley verdadera que las supera.

La confusión entre ambas por parte de los hombres es la que condena la vida de Antígona a padecer la guerra de dos partes enfrentadas *ad eternum*. La vida de los dioses reclama la eternidad, la de los hombres se enfrenta a la fugacidad. El amor es el que hace posible la unión entre ambos.¹⁷ Al incluir el sentimiento, la poesía redime a la razón, la «rescata y trasciende» pues le da al pensar la vitalidad que a este le falta (Zambrano, 2022b, p. 1116). En efecto, el trascender de Antígona o Sócrates es, como afirma Cicerón, llevar la filosofía a lo terrenal de las

¹⁷ Es imprescindible referirse al hablar del amor a la famosa réplica de Antígona a Creonte al ser recriminada por este por no obedecer las leyes dictadas: «mi carácter no es para compartir odios, sino para compartir amor (συμφύλιν ἔφυν=tb soy engendrada para el amor mutuo)» (Sófocles. 1991.527, p.55).

El amor en Hesíodo completa la trilogía primigenia de lo que surge todo lo existente; y si bien es el único dios que no tiene descendencia, participa en la descendencia de todos, pues es la personificación del poder que impulsa el nacimiento de nuevos seres, Hesíodo lo llama «el más hermoso de todos los seres» (Hesíodo, 2023,120, p.137). Esta visión será también mencionada por Aristóteles en su *Metafísica* como «causa que mueve y congrega las cosas para los filósofos anterior a él» (1990, A, 4 20-30, p.29). También afirma que la causa final es cosa inmóvil «que mueve en cuanto que es amada, mientras que todas las demás cosas mueven al ser movidas. (Aristóteles, 1990, A. 7. 1072β. p.622).

ciudades donde se concretan, en cada una de las vidas de los ciudadanos que moran en ellas (cfr. Jaeger, 1993, pp. 389–457) «perecen por la ciudad, en virtud de las leyes de la ciudad que hagan posible una nueva ley donde razón y amor se unen» (Zambrano, 2022b, p. 1117).

La ley nueva es un modo de tomar conciencia del amor original que habita en nosotros y que es capaz de impulsar y enlazar lo diferente y diverso. Para poder vislumbrar la falsedad de las sombras, la Antígona de María Zambrano ha de permanecer en la soledad de su tumba y allí enfrentar su deseo de amor al deseo de posesión y poder que hace que los fantasmas de su vida la reclamen para sí. Sin embargo, Antígona en su tumba no está dispuesta a trastocar el amor que a todos enlaza por amor mezquino, de este modo la razón se abre a una conciencia en relación con los otros. María Zambrano, en su obra *La tumba de Antígona*, le da tiempo a la heroína a enfrentarse a las imposiciones de su destino, a vivir su particular delirio, podríamos decir poético, por transgredir lo dado para transformarlo en donación desinteresada, en sacrificio amoroso en beneficio de una hermandad y familiaridad universal que ha sido otorgada *a priori* al ser humano ya en el momento de nacer.

En la obra de María Zambrano los intereses particulares, demasiado humanos, se enfrentan a los universales, que el amor defiende. En efecto, resplandece en la tragedia de Antígona la pasión de la hija, sin culpa, abandonada de madre y padre, terrible experiencia que, sin embargo, le permite transitar del sentir a la razón; el padecer como acción se transforma en conciencia, camino de reflexión que impulsa hacia el amor. Zambrano hace memoria y le da la palabra a Antígona para que escuche a los otros y lo hace pacientemente, de modo receptivo. La memoria histórica le permite reflexionar sobre la coexistencia con aquellos con los que convivió y la resistencia que la pasión familiar de carácter privado pone al avance del amor hacia el bien fraternal que es común a todos. De este modo, filosofía y poesía aún no se presentan desgarradas la una de la otra, pues ambas colaboran en la apertura que la razón da al *ordo amoris* (el orden del amor) que aquiet¹⁸.

La Antígona de María Zambrano mantiene diálogos con diversas sombras, modelos que representan patrones de pensamiento universales en los que podemos vernos reflejados en tanto nuestra conciencia comunitaria es devorada por el abismo de ser hijos y la moral trágica

¹⁸ Referencia a la filosofía de Max Scheler en la que Zambrano fundamentó la riqueza que el sentir puede aportar a la razón. «Hay razones del corazón que la razón no conoce» frase de Pascal a la que la pensadora y Scheler recurrirán frecuentemente (Zambrano, 2015a, 435).

de las estirpes y los linajes que imponen su imperio. Los lazos de la sangre son trágicos cuando se introduce la pasión irracional que lleva a la soberbia y al belicismo de intereses particulares y egoístas, pues cierran los horizontes, el ímpetu batallador, la conciencia y la fe de pertenecer a la comunidad a la que se ha de estar atento. «No podemos dejar de oírla, conciencia virgen, siempre en vela. No podemos dejar de oírla, porque la tumba de Antígona es nuestra propia conciencia oscurecida. Antígona está enterrada viva en nosotros, en cada uno de nosotros (Zambrano, 2014b, p. 296)».

La acción trágica esconde detrás de cada uno de sus personajes, una interrogación dirigida al espectador de distintas épocas, sobre las fuerzas que las pasiones eternas ejercen en los entornos donde los hombres habitan. El padecer en sus múltiples modos trasciende a los distintos personajes y este no cesará hasta que el ser humano tome conciencia del bien común, en cuyo seno la medida armoniza el interés privado y el colectivo. En este camino, Antígona, lejos de ceder a las tentaciones de ligarse a lo privado, se abre al amor y a su potencialidad de unir en un mismo destino al hombre concreto y a la colectividad, afrontando el sacrificio a donde este pueda llevarle.

4. La razón de sombra en sombra

El personaje más consolador en *La tumba de Antígona* de María Zambrano es el de la nodriza, carácter femenino que escucha atentamente y vela por el cuidado de Antígona. Este carácter que calma la sed con un cantarillo (Zambrano, 2022b, p. 1141) representa el cuidado maternal al ser fuente de vida apegada a la naturaleza germinadora; parafraseando a Heráclito: «De la tierra nace el alma, del alma el agua» (Oñate, 2003, p. 201).

Por lo tanto, Ana es para Antígona, en su comprensión maternal flexible, el ser completo que desde su seno hace posible que sentir y saber se den a la vez, pues, al fin todo lo sabe, porque es toda alma donde inteligencia y sensibilidad se encuentran. María Zambrano invita al único personaje que no está en la obra de Sófocles a que permanezca en los márgenes aminorando con sus cuidados la intensidad a la que convoca la tragedia; el alma de Ana hecha de agua es psique fluida

que se derrama purificando con inteligencia y sensibilidad la huella trágica del tiempo.

En el lado contrario de la memoria maternal consoladora, se encuentra Yocasta, la otra madre que guarda en su seno el misterio de lo germinal y de las nupcias que hacen posible que la vida nazca, el complemento de la nodriza. Una vez nacidos «la madre será para siempre el sueño del hijo» (Zambrano, 2022b, p. 1145). A pesar de sus impurezas, a pesar de hacer del padre un ausente, hermano o rey, antes que tierno protector.

Así pues, por un lado, la madre da la luz y es principio de vida, razón vital que no tiene nombre, porque guarda dentro de sí todos los nombres de los que nacieron, en ella que es tierra, reposan todos, y de ella nacen todos también, pues es naturaleza. Cada madre guarda pues la historia de todas las madres que fueron y dieron luz, ya fueran estas impuras o puras, guardan dentro de sí la potencialidad de la vida. Por otro lado, el padre es el que dona a Antígona la ley y siguiendo la tradición es el rey, casi un dios, aun cuando la apariencia ante sus ojos es de ser humano. Es la mirada mutua de hija y padre la que los humaniza, mirada todavía imposible para un padre ciego como Edipo.

La figura de la relación padre hijo guarda gran importancia para María Zambrano. El padre, por su pureza activa valedora del heroísmo, es el que da nombre y al hacer miembro de una estirpe al hijo le da un destino que es precisamente el de haber nacido y formar parte de una cadena eterna de padres e hijos que se protegen. El padre da una educación primera y fundamental con lo que aporta una confianza originaria que ningún suceso posterior podrá romper. Quien ha tenido de veras un padre mira a la vida con verdadera confianza anclada en principios firmes que (por ejemplo Freud, al romper la trascendencia y el misterio del padre y reducirlo a instinto) hacen entrar al hombre en estado de guerra contra sí mismo y contra todos (Zambrano, 2015. pp. 522-524).

La mano de Antígona, que es como Aristóteles afirmó, alma e instrumento de conciencia (Aristóteles, 1994, p. 241), ha guiado a Edipo a través del error al ser «pensamiento y razón» (Zambrano, 2022b), conciencia que va en busca de la verdad. La hija de Edipo, juzgada como indigna de su género por Creonte, representa la razón que va de sombra en sombra, dando con la claridad de su palabra prioridad al amor antes que al egoísmo de los personajes que intentan atraparla en su pensamiento oscurecido. Tanto Edipo como Creonte se sitúan ante Antígona como personajes que no han alcanzado su ser todavía.

El padre de Antígona, que la considerará más valiosa que sus propios hijos, la reclama para que complete sus carencias como ser humano. Edipo era hombre a medias, porque apegado a conocer lo universal de ser hombre, había olvidado al hombre concreto, en efecto, totalmente ciego a su verdadera historia y sin memoria «estaba hecho de olvido» (Zambrano, 2022b, p. 1139).

Antígona es la memoria que no está dispuesta a caer en los mismos errores y retorna a la casa del padre para rehacer su historia «porque no hay que hacer nada sin haber vuelto a la casa del padre» (Zambrano, 2022b, p. 1139). Retornar al padre es volver al amor que impulsa todo conocimiento hacia el lugar donde habitan los hombres y mujeres de carne y hueso «estar en el lugar donde se nace del todo» (Zambrano, 2022b, p. 1140). Todos los hombres renacen a la piedad que es saber tratar con lo otro. «¿Cómo voy a poder yo? ¿Cómo voy a poder hacerlos nacer a todos? Pero sí, yo sí estoy dispuesta. Por mí, sí; por mí, sí. A través de mí» (Zambrano, 2022b, p. 1146). Antígona es mediadora de este renacer que compromete la potencialidad del ser en cuerpo y alma.

Toda la razón ha de ser mediadora... una razón vivificante... De la razón poética es muy difícil, casi imposible, hablar. Es como si hiciera morir y renacer a un tiempo; ser y no ser, silencio y palabra... Sentirla, no solo con el pensamiento, sino con la respiración, con el cuerpo... Sentir la vida... En este «logos sumergido», en eso que clama por ser dentro de la razón. (Zambrano, 2019b, p. 121)

Aun siendo integrada alma y cuerpo en un mismo sentir que se hace palabra profunda, *logos*, sin embargo, aún le queda a Antígona en la obra de Zambrano una prueba más antes de alcanzar la verdad hacia la que se dirige: enfrentarse a las tentaciones del tirano Creonte. El tirano, contrario al padre que implora nacer del todo, le ofrece el poder de dominar el mundo desde una jerarquía superior, sin obedecer al amor que enlaza el reino celeste con el terrestre: «lo que no quiero es oírte [...] que te vayas de aquí arriba, arriba» (Zambrano, 2022b, p. 1161).

La razón de Creonte es de otro reino distinto al de Antígona pues aquel está en lo alto de la idea, tal y como lo concibió Platón. Para ambos el reino de abajo es tan solo un pálido reflejo de aquel

—Pues bien, amigo mío —dijo él— se cuenta que esa tierra en su aspecto visible, si uno la contempla desde lo alto es como las pelotas de doce franjas de cuero, variopinta, decorada por los colores, de los que los colores que hay aquí, esos que usan los pintores, son como

muestras. Allí toda la tierra está formada con ellos, que además son mucho más brillantes y más puros que los de aquí. [...] en cuanto al sol ellos lo ven como es realmente. (Platón, 1992c, p. 128)

Frente al amor que Edipo tiene por Antígona, el tirano niega a los seres humanos lo que les pertenece, es decir, el desarrollo de la potencialidad de su vida, la paz de envejecer dulcemente y morir cuando les llega la hora. Creonte no puede conocer esta labor poética porque carece de conciencia enriquecida con el dolor del pueblo al que gobierna. Tan solo tiene preceptos, edictos que lo encierran en un saber racionalista que se da, como las ideas platónicas, en sí y por sí, sin palpar el sufrimiento de su gente.

Distinto es el conocimiento de Antígona en la obra de Zambrano, pues esta sigue el consejo del adivino Tiresias a Creonte en la Antígona de Sófocles: «aprende a tener la lengua refrenada y el corazón con sentimientos mejores que hasta ahora» (Sófocles, 1991, p. 82). Antígona en su tumba dirige su corazón con dulzura, un corazón, que no solo es dolor, sino también alma, conocimiento y amor¹⁹. En efecto, el corazón de Antígona guarda en su seno el espíritu consolador de la nodriza, de la madre naturaleza e historia, del padre que anhela nacer del todo. Por contraposición expulsa de su corazón la maternidad devoradora, la paternidad egoísta y el poder que se cree idea absoluta que todo lo domina. Por todo esto, la Antígona de Zambrano ha de decirle al tirano «ese sol no es el mío. Síguelo tú» (Zambrano, 2022b, p. 1163). Su sol es el de la razón que busca encauzar el delirio belicista en el cauce del amor.

5. La razón del corazón

La razón del corazón es, por tanto, el amor que habita en el ser humano que «trata de ser él mismo y el otro a la vez» (Unamuno, 2000, p. 220), pero esta unión de lo que parece contrario solo puede darse en un conocimiento que empatice con el prójimo. Un saber que atienda a las razones del corazón, cuya cualidad poética es un núcleo radiante que a todos hace participar en un mismo latido de dolor y sufrimiento y que atraviesa todo el ser: el diapasón que recoge la música del corazón como centro²⁰.

¹⁹ «φρονός» (mente). Ya en la Odisea nos encontraremos este término, que designa no solo inteligencia y razón, sino corazón y espíritu. (Pabón, 2018, p.630).

²⁰ «διά πᾶς ὄν» (dia-pas-on) símbolo que abarca la totalidad de los sonidos, separados por vacío de silencios. Zambrano (2022c p.168)

Como vemos «el corazón es el lugar donde el dolor se presenta en hora inminente (Zambrano, 2014a, p. 508)» pero sin su corazón el hombre pierde lo entrañable y se precipita en el abismo de lo no vivido del todo, porque falta algo: lo memorable. Sin el asombro de las pasiones se oculta lo que es digno de ser recordado, pues la vida carecería de la poesía de los afectos y los sentimientos que anidan en el corazón y hacen posible una «razón sentida y sintiente abierta a la esperanza de nuevos horizontes (López Saénz, 2013, p. 108)».

Atrás quedó el personaje de Creonte que se oculta tras una máscara sin escuchar el latido que le permite intuir su alma, quedando en una soledad absoluta, sustraído al palpar del tiempo e incapaz de intuir el dolor de los que se encuentran a su alrededor, porque al carecer de corazón no posee el cáliz sobre el que aquel se aposenta. (Zambrano, 2018, p. 120)

Para la filósofa este intuir no puede ser cuestión de reflexión, como afirmó Henri Bergson, sino también sentimiento. Un sentir, que solo es posible a través de la poesía y su potencialidad virtual y acogedora de lo divergente. Para Zambrano la poesía es fuerza intuitiva capaz de simpatizar y de transportarse al interior de un objeto para coincidir con él con lo que tiene de único, como también expuso Bergson. La pensadora añadiría que no es tan solo un reflexionar sobre el exterior, sino también una emoción al interior del sujeto, puesto que hablamos de un sentir y ver previo al definir, un instante del que el poeta se nutre en la inspiración antes de formular en palabras aquello que siente²¹.

El pensar en su modo poético no es instrumental, sino un acto intuitivo que va directo al corazón de nuestro sentir para extraer de sus entrañas toda la potencialidad que le habita mediante el concepto, símbolo o metáfora. La poesía no podría desarrollar esta potencia sin la relación con «lo otro» que nos abre a diferentes modos de pensar la realidad, a ensoñaciones poseedoras de un orden.

El juicio se engendra entonces necesariamente del sentimiento de asombro que nace en el corazón de la vida y hay que retornar una y otra vez a este centro para salir del hecho meramente objetivo y encontrarnos de nuevo con el hábitat del sentir poético donde conviven amorosamente lo diferente, la mujer, el loco, el enfermo, lo natural... lo otro²². La potencialidad plena que se extrae de la concordia entre pen-

²¹ Para un estudio más pormenorizado de la intuición en Bergson (Bergson, 2001, pp. 1392-1491).

²² «El creer que la realidad toda, vida humana inclusive, está compuesta de hechos; De hechos, sometidos a causas, a las que se llaman razones, volviendo así al sentido inicial de la ratio latina; cuentas [...] y

sar y sentir, razón y piedad es el fruto que revela que el amor es la tierra fecunda del pensamiento. La tragedia es poética porque nos nombra un universo comunitario donde el destino del inocente hace pensar en la palabra perdida, aquella que no ha podido ser todavía nombrada pero que se siente respirando, latiendo en un corazón, que pide ser redimida.

Quizá sea el secreto que esclarece ciertas humanas presencias mientras viven y que se desprenden de algunas legendarias figuras [...] Palabras que algunos poetas, constructores de arte y de pensamiento, han dejado guardadas también en su obra, que aparecen así dotadas de una inacabable y más clara vida que aquellas que no la contienen [...] La palabra que no se petrifica en el espanto, y a partir de la cual el habla se deshíela. Y que sigue orientando el ser que ha entrado en la noche de su mente. (Zambrano, 2018, p. 126)

6. Conclusión. *Pathos* y vida

Partiendo del enigma planteado acerca del ser sometido al *Πάθος* (experiencia, sufrimiento) de aprender sufriendo se ha de responder que nos referimos siempre al ser humano. Para María Zambrano, todo hombre transita por la vida sin haber nacido del todo, completándose en interacción con los demás en planos de tiempo simultáneos. Este *pathos* del hombre frente a sí mismo y al otro, ha sido nombrado a lo largo de la historia como «lo otro» y de diferentes modos. En un primer momento, como un caos vacío, después, como *apeiron* sin límites ni fronteras, también como un receptor pasivo y material. Más tarde, Freud lo concibió como inconsciente e irracional o la Fenomenología como percepción latente, tácita u oblicua: el reverso de lo visible. Aristóteles aportó a lo trágico una potencialidad que vinculaba la experiencia que proporcionaba el *pathos* a la razón.

El hombre, apenas nacido, estará durante toda su vida sometido a su trascendencia, pues tan solo por el hecho de vivir padece su ser en proceso de desvelamiento. Sin embargo, para hacer que su sufrimiento se convierta en experiencia, y pueda hacer de ella la fuerza amorosa que impulsa el pensamiento, ha de tomar conciencia de que posee la potencia necesaria para que su padecer se comparta con el otro en la media que conviven en común. Zambrano se atiene a la máxima de Empédocles

este incansable juego de dar razones de los hechos incluye dentro de sí a los hechos del amor, el amor convertido en hecho, decaído en acontecimiento, sometido a juicio y explicación, es decir, desvirtuado en su esencia, que todo lo trasciende. (Zambrano, 2022c, p.263)»

de distribuir los elementos del agua, el fuego, el aire y la tierra por las entrañas para encontrar de este modo este cauce que a todos nos una. Este intento es el que nos acercará más a la pregunta planteada.

En un principio el hombre, semejante al niño, es aire que necesita respirar, razón instituyente cuyo estrato más profundo es el delirio que transita por un *Πάθος* encarnado. Venido al mundo entre fuerzas tan rigurosas como son el odio y el amor, habrá de ir adquiriendo forma y relieve a partir de un tejido bordado en la intersubjetividad relacional con el otro. Progresivamente, el espacio temporal vital adquirirá espesor con sedimentos cada vez más profundos que la experiencia va entretejiendo con ayuda de la razón.

Este paisaje infantil donde la razón da sus primeros pasos precisa de la tierra, madre y consoladora, en la medida que sostiene el devenir del ser en su necesidad de completarse. Ahora bien, esta razón todavía desasistida, ha de atravesar el dintel sombrío de la razón subterránea que anuncia el riesgo de errar y extraviarse en el delirio del dogmatismo. Este razonar, endiosado en la prisión de lo universal y alejado de la sensibilidad concreta, provoca la angustia y el espanto de la soledad que aísla e inmoviliza.

Sin embargo, la razón comprometida con la fecundidad poética ya no fantaseará con el aislamiento propio del rey, sino que integrará los diferentes modos de pensar y vivir haciéndolos coexistir. La razón, así fortalecida, recorrerá transversalmente los tres estratos del alma en una espiral inacabable: el vegetal, que habiendo encontrado su lugar, recibe a la vez que se dirige hacia la luz; el animal, que se impregna sensiblemente del mundo; y el intelectual, que pone con su luz orden y sentido a toda experiencia anterior.

Se entiende mejor la importancia del *Πάθος*, el sentimiento trágico adherido a la poética, si nos atenemos al *logos* fraternal de Antígona que suplica acoger y recibir cordialmente la ley eterna y comunitaria que a todos pertenece, pues todos han de ser reunidos en la memoria histórica como hermanos: los niños que naufragan en la guerra del odio y el amor, los mendigos que nunca fueron reyes, los exiliados que quedan presos de un pasado que no pasa, los indigentes que imploran hospitalidad. Todos ellos son suplicantes que como Antígona, por osmosis, imploran les sea concedido un tiempo en el que ser escuchados desde su tumba; un espacio-tiempo potencial que María Zambrano les cedió en nombre de la filosofía poética.

Referencias

- Aristóteles (1990). *Metafísica*. Editorial Gredos.
- Aristóteles (1994). *Acerca del alma*. Biblioteca clásica Gredos.
- Aristóteles (2018). *Poética*. Editorial Gredos.
- Bergson. H. (2001) *Obras completas* (versión francesa). Puf.
- Descartes, R. (1988) *Meditaciones Metafísicas*. Espasa Calpe.
- Düring. I. (2005) *Aristóteles*. UNAM.
- Esquilo. (2021) *Orestíada. Agamenón. Las Coéforas. Las Euménides*. UNAM.
- Hesíodo. (2023) *Teogonía. El trabajo y los días*. Abada Editores. (Versión bilingüe).
- Jaeger, W. (1993). *Paideia*. Fondo de Cultura Económica.
- López Saénz, M.^a C. (2013). *Dos filosofías del sentir: M. Merleau-Ponty y M. Zambrano*. Editorial Académica española.
- López Saénz, M.^a C. (2025) María Zambrano en Morelia. Generatividad entre filosofía y poesía. *Revista Aurora*, 26, 72-85. <https://doi.org/10.1344/Aurora2025.26.7>.
- Morales Cañavate, E. G. (2024). Fenomenología de la tragedia en Aristóteles. *Investigaciones Fenomenológicas*, 21, 101–119 <https://doi.org/10.5944/rif.21.2024.41984>.
- Moreno Sanz, J. (2019) *María Zambrano. Mínima Biografía*. La isla de Siltolá, Levante.
- Oñate y Zubía, T. (2001) *Para leer la metafísica de Aristóteles en el siglo XXI*. Dykinson.
- Oñate y Zubía, T. (2003) *El nacimiento de la filosofía en Grecia. Viaje al inicio de Occidente*. Dykinson.
- Oñate y Zubía, T. (2022) *Lecciones actuales de ontología griega arcaica y clásica*. Dykinson.
- Pabón de Urbina, J. M. (2018). *Diccionario manual de griego clásico-español*. Vox.
- Platón (1992c) El Fedón. En *Diálogos. III. Fedón, Banquete, Fedro*. pp.24-142. Editorial Gredos.
- Soto Pachón, D. (2024) España y la filosofía moderna en América Latina. Contactos históricos. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 45, (130), 87-104. <https://doi.org/10.15332/25005375.9574>
- Sófocles (1991). *Antígona. Tragedias. Antígona y Electra*. CSIC. 30-95 (versión bilingüe)
- Unamuno. M. (2000). *Sentimiento trágico de la vida*. Alianza editorial.
- Zambrano, M. (2014a) Delirio y destino. En *Obras completas*. Galaxia-Gutenberg. Vol. VI, 803-1108.
- Zambrano, M. (2014b) Escritos autobiográficos. Delirios. Poemas: Delirio de Antígona. En *Obras completas*. Galaxia-Gutenberg. Vol. VI, 129-799.
- Zambrano, M. (2015) Hacia un saber del alma. En *Obras completas*. Galaxia Gutenberg. Vol. II, 421-774.
- Zambrano, M. (2019) Notas de un método. En *Obras completas*. Galaxia Gutenberg. Vol. IV. Tomo 2. 3-148.
- Zambrano, M. (2022a) España, sueño y verdad. En *Obras completas*. Galaxia-Gutenberg. Vol. III. 613-955.
- Zambrano, M. (2022b) La tumba de Antígona. *Obras completas*. Galaxia-Gutenberg. Vol. III, 1115-1168
- Zambrano, M. (2022c) El hombre y lo divino. En *Obras completas*. Galaxia-Gutenberg. Vol. III, 110-344